

MARIA GUERRERO: "La plaza de Berkeley", comedia en tres actos de John L. Balderston, en colaboración con J. C. (Squire). Versión española de López Rubio.

El Numen, nacido en la cuna del Auro, medido por las tres edades del Tiempo—pasado, presente y futuro—, aparece en "La plaza de Berkeley" a las cinco en punto del 23 de octubre de 1784 y torna a aparecer en la misma hora del mismo día en 1951. Va sin tacha ni raspadura. Este Tiempo, a caballo, espuela y freno, en el tinglado, mueve y rebota ante los espectadores que acuden sólo por pasar el tiempo; y tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, lengua y no hablan. Mas aquí surge el mágico prodigioso, pálido, tímido, ingenuo como un adolescente ensimismado en sí mismo, pero de tal recogimiento y aliento interior, que es el Destino en pie, recto como una torre almenada, vertical como un monolito. Según la comedia desarrolla monólogos que son diálogos, como los ásperos soliloquios de Peter Standysh, tan sobriamente acunados por Enrique Diosdado; como los coloquios de Helen, la prima, capullo en flor, tan gentil pasionaria en los sollozos de Mary Carmen Diaz de Mendoza; según la comedia impresiona, la evocación nos desazona por inesperados derroteros. Y contra una volición oscurecida por la niebla de un sentido arbitral sin sentido, recordamos que Félix Rabbe nos descubre la aristocracia de aquellos salones de entretiempo con olor, color y sabor de esta forma.

En la comedia hay cierta propensión a las citas y peripecias contemporáneas. Se habla de Oscar Wilde, de Reynolds, de Synge, de Virginia Woolf, de Henry James. Sobre todo, nos llama la atención que lo mismo en las tardes del 5 de octubre de 1784 que en las de 1951 se usen iguales expresiones. Como si sólo hubiera un lenguaje único, con fonética de la calle y gramática de argot. Todo el mundo su idea, como en la Babel aborigen; pero todo el mundo el mismísimo idioma, uníquismo, precursor del esperanto y del Volapuck.

¿Y qué decir de la fábula-escénica, cuya traza se inspira en el fragmento

póstumo de Henry James. "El sentido del pasado"? ¿No es título, por sí solo, la historia del emigrante británico, en plena juventud, camino de la guerra colonial, y en plena inquietud, camino de la guerra mental?

Ese hombre, recién llegado de la nueva vida de América a la vieja nación puritana, es una geopolítica, prefacio de un destino profético, porque el destino de Peter Schlis está ejerciendo un poder sobrehumano; es un vidente del futuro, como los antiguos profetas y los modernos bloquímicos, que ven sin ojos, como Jules Romains, el dramaturgo autor de "Nox o el triunfo de la Medicina", y evoca en su desdoble "El Dibbuq" del rito judaico. Y también por virtud de un excelsa talismán lírico, que recuerda, memoria feliz, el "intelecto d'amore" en la "Vit Nova". Y este hombre de vuelta del pasado dueño de la verdad, superior a la demencia que se le imputa, puede decir con desaliento a cuantos le rodean y le zahieren: "¿Que sabéis vosotros, si aún os faltan cien años para nacer?"

El éxito fue completo, definitivo, porque la comedia atrae y subyuga, despierta la curiosidad y el pensamiento; porque es una obra en la que reina el misterio y aletea lo sobrenatural. El público, presa de tan recargada atmósfera, sigue y persigue el hilo del misterio dentro de una acción moderna, amena, elegante, en ocasiones risueña y en ocasiones apasionada y romántica. Por todo ello, "La plaza de Berkeley" fue aplaudida con entusiasmo, porque llega al escalofrío cuando aún no ha desfilado la sonrisa. El señor López Rubio, hábil comediógrafo y siempre buen escritor, conocedor del punto neurálgico del público español, ha podido con fino entendimiento, con acertadas limaduras aquello reiterado e insistente del original. Su traducción es ágil, llevada con habilidad y buen gusto. — CRISTOBAL DE CASTRO.